

Vladimir Jankélévitch

PENSAR LA MUERTE

Prólogo

¿Se puede pensar lo impensable, la muerte?

Vladimir Jankélévitch deseó responder a esta pregunta en 1966 con un libro titulado *La muerte* y precisó:

“No pienso absolutamente nunca en la muerte. Y en caso de que usted pensara en ella, le recomiendo hacer como yo, escribir un libro sobre la muerte [...] antes que hacer un problema de ella [...] ella es el problema por excelencia e incluso en un sentido el único!”¹ Esta obra suscitó algunas entrevistas en las que le fue ofrecida la posibilidad de expresarse largamente sobre las motivaciones profundas de su interrogación.

En el transcurso de un trabajo bibliográfico reciente, efectuado en el marco de la preparación de una publicación de sus obras completas, fui llevado a releer estas entrevistas poco conocidas, inhallables, y, una de ellas, inédita; me pareció interesante reunir las pues son un testimonio que nos aclara, al ritmo del lenguaje hablado, sobre los sentimientos personales y las elecciones éticas del autor.

Los cuatro textos elegidos se ubican en perspectivas diferentes y abordan las múltiples facetas de la cuestión.

En el primer texto, Vladimir Jankélévitch circunscribe los contornos de ese instante irrevocable que es el instante mortal; la experiencia primera que revistió la muerte de alguien cercano, la muerte del otro en general y la incertidumbre casi metafísica que cada uno siente ante la suya. Pues, nos dice, “es como si reserváramos soberbiamente la muerte a las personas que pasan por la calle. Es ése el engaño esencial, aplicar la muerte a los otros por una postergación perpetua y un aplazamiento”. Ilustra esta declaración con las palabras de Jacques Madaule: “Sé que moriré, pero no lo creo.”² Y nos revela paralelamente su sentimiento sobre el envejecimiento, sobre los momentos desgarradores que son los últimos instantes de un condenado a muerte, sobre el “sinsentido [de la muerte] que da un sentido [a la vida] negando

¹ Entrevistas, France-Culture, 8 de junio de 1985, documentos del INA; retomados en Guy Suarès, *Vladimir Jankélévitch, ¿Qui suis-je?*, Lyon, La Manufacture, 1986.

² Entrevistas: “Lo irrevocable”, *infra*, y France-Culture, ob. cit.

ese sentido”, o sobre el misterio insondable de nuestro pasaje sobre la tierra.

En eco, la segunda entrevista retoma la cuestión del sentido de la vida *sub especie aeternitatis*, explicando el papel del sentimiento religioso en las sociedades primitivas y en las sociedades evolucionadas, luego, la actitud del incrédulo frente a la muerte. Nos ofrece el ejercicio acrobático, apasionante, de un pensamiento que, no pudiendo aceptar la muerte, se aproxima a ella al máximo, “como la mariposa en la llama de la vela, se deja quemar las alas”.³ La búsqueda de los extremos, de los casos límite, de los momentos agudos “en los que se trata de pensar todo lo que hay de pensable en lo impensable”, le fascina muy particularmente. ¿No es el filósofo del “casi”, del “casi nada”? Como considerar el consuelo, la sobrevivencia... Se ingenia para responder a nuestras interrogaciones ansiosas frente a lo que llama espléndidamente “el error supremo de la existencia”, momento preciso “en el que el golpe restallante del que mete la pata, del niño terrible o de la muerte crea en primera instancia un gran desasosiego en el mundo de las apariencias decentes”.⁴ Ya no hay máscara, mascarada o malentendido, la gran simplificación anula toda vanidad y el hombre busca sosiego o consuelo. “El olivo maduro, dice Marco Aurelio, cae bendiciendo la tierra que lo levantó, dando gracias al árbol que lo hizo crecer. Pero, ¿por qué estamos tan poco convencidos de esta gratitud del olivo? ¿Por qué todas esos consuelos son tan poco consoladores?”⁵

En la tercera entrevista, la eutanasia suscita reflexiones nuevas, valientes, resueltamente comprometidas sin ser dogmáticas. Es pertinente considerar, hoy en día, la instauración de una nueva aproximación filosófica y moral a la mirada de los elementos recientes de la ciencia (manipulación genética, definición del código genético, trasplante de órganos...) Y entonces, “lo que es angustiante no es el orden una vez instalado sino el hecho de que este orden sea totalmente otro”, subraya a menudo.

Para finalizar, la última entrevista da lugar al escándalo de la desaparición rechazada en el tiempo, la sociedad, la historia. La banalización de la muerte, familiar en la Edad Media, da lugar en nuestros días a la angustia metafísica y alcanza una gravedad mucho mayor todavía. “El hombre es llevado por su miedo fundamental a su destino fundamental.”⁶ Vladimir Jankélévitch nos ofrece profundas digresiones sobre las conductas del hombre frente a la muerte: actos religiosos, fanatismo, violencia verbal y física... su actualidad es

³ *La Mort*, París, Flammarion, 1966 [trad. esp.: *La muerte*, Valencia, Pre-textos, 2002].

⁴ *Le Je-ne-sais-quoi et le Presque-rien*, tomo II: *Le malentendu*, París, Le Seuil, p. 232.

⁵ *La Mort*, ob. cit., p. 355.

⁶ “Les philosophes et l’angoisse”, *Revue de synthèse*, núm. 66, París, 1949, p. 85.

flagrante. Aun cuando siempre “el No de la muerte pone punto final a nuestras disertaciones y congela de estupor nuestro lenguaje”.⁷

Estas entrevistas responden así a nuestros miedos, nuestras ansiedades, nuestras angustias, ligadas a lo que llama “el movimiento de nada hacia ninguna parte”. Respetan la voluntad de “no sustraer la muerte a la nada” sino de dejar abierta la puerta al misterio de “haber sido”, de “haber vivido”. Las palabras escritas sobre los muros de su residencia, en el paseo de las Flores, ilustran mejor que ninguna los propósitos de *¿Pensar la muerte?*: “Aquel que ha sido no puede más en adelante no haber sido. En lo sucesivo ese hecho misterioso y profundamente oscuro de haber vivido es su viático para la eternidad.”⁸ Pues el casi nada del renombre póstumo no puede borrar la huella de las palabras...

Françoise Schwab

)))

Lo irrevocable

Entrevista con Daniel Diné *

(fragmento)

La muerte es no solamente lo inconcebible, sino aun lo invivible. Es lo que nihiliza la vida. ¿Por qué, entonces, el arco de la vida se encuentra tendido por la muerte?

La respuesta es complicada o, como se diría hoy en día, dialéctica. Es el papel dialéctico de la antítesis. Bergson dice curiosamente, pero muy profundamente además, que el ojo es desde luego el órgano de la visión, porque sin los ojos no se vería, pero en otro sentido, es un obstáculo para la visión. No dice que si no tuviéramos ojos, veríamos todavía mejor, sino que el ojo es una limitación de la visión. Tener ojos es ver pero al mismo tiempo *no es sino* ver. La visión tiene un alcance, un campo limitado. Hay cosas que son invisibles más allá del horizonte.

⁷ *La Mort*, ob. cit., p. 80.

⁸ *L'Irréversible et la Nostalgie*, París, Flammarion, 1983, p. 275.

* Esta entrevista fue publicada con el título “À propos d'un livre: *La Mort*”, en *Harangue, la revue d'expression en marge*, 1967, pp. 79-87.

En consecuencia, el ojo no es solamente un medio para ver, es también un impedimento para ver. Pero eso es absolutamente cierto. El cuerpo por el cual estoy presente aquí, por el cual me expreso, existo, vivo, al mismo tiempo me impide estar en otra parte, me deja a merced de las enfermedades, de todas las miserias de las cuales el cuerpo es la fuente. El lenguaje por el cual me expreso y al mismo tiempo con el que me debato, siempre más acá o más allá de mi pensamiento, en retirada, cualquier otro que no fuese el de las palabras de las que me sirvo. En un sentido, el lenguaje es un impedimento para expresarse, pero el hombre no puede expresarse sino porque está impedido de expresarse. El impedimento de expresarse es el medio de expresión, porque somos hombres. Y bien, es lo mismo para la muerte. La muerte no solamente nos impide vivir, limita la vida, y después un buen día la acorta, sino que al mismo tiempo comprendemos que el hombre no sería él mismo un hombre sin la muerte, que es la presencia latente de esa muerte la que hace las grandes existencias, la que les brinda su fervor, su ardor, su tono. Se puede decir entonces que lo que no muere no vive. Por lo tanto prefiero aún ser el que soy, condenado a algunos decenios, pero finalmente haber vivido.

Cada segundo nos aproxima a la muerte, envejecemos. ¿Qué es envejecer?

El envejecimiento engloba dos cosas que no están ligadas en absoluto una con la otra. Es la irreversibilidad del futuro que es el *pathos* fundamental de la existencia, fuente de lamentos, de los más bellos cantos, de la poesía que más nos toca, la más impactante. Pero eso no basta, porque el devenir podría ser irreversible, ir siempre en el mismo sentido, sin retornar nunca sobre sus pasos, y renovarse continuamente. Entonces es preciso otra cosa. Y bien, está el devenir, la usura cualitativa que hace que cada existencia posea cierto ritmo que viene en líneas generales de la longevidad media de la especie. El hombre tiene un tono vital acordado por una vida que durará término medio setenta y cinco u ochenta años. Supongo que un perro o un gato tienen ritmos de vida totalmente diferentes de los nuestros. Si viviéramos en otro planeta, en el que el año fuera más corto o bien más largo, nuestros ritmos, nuestros asuntos, la noche del sueño, el día de trabajo, nuestros ritmos vitales serían totalmente diferentes. Creo que la vida humana, tal como la conocemos, y todo lo que la compone están acordados sobre una cierta duración media. La economía de mi jornada, nuestra conversación, todo eso está acordado sobre ese ritmo. Seguramente los hombres envejecen más o menos rápido, según el estado general de su cuerpo. Por lo tanto el envejecimiento no es regular. Hay rebotes. Hay una entropía natural, cualitativa del devenir humano. Bien entendida, la vocación del hombre, como lo dice Edgar

Morin,¹ es alargar cada vez más la vida humana. Por lo demás está notablemente alargada. Nótese además que la prolongación media de la vida humana ha modificado ya nuestros sentimientos, nuestro estilo de vida, nuestras relaciones con las mujeres. Todos sabemos que una mujer de treinta años en Balzac es una mujer vieja. Hoy es una mujer joven, completamente rozagante. El ritmo es diferente. Y estos ritmos se alargarán sin cesar. Pero no es menos cierto que, en cada época, la vida igualmente terminará. Nunca será infinita. *A priori*, no puede serlo. Para cada generación, en el estado actual de las costumbres, de los poderes de la medicina, de la longevidad media, y bien, hay un ritmo que es propio de la existencia y que proviene de ese envejecimiento inevitable, que es un envejecimiento metafísico. En principio no puedo tener cada vez más recuerdos, una franja de vida detrás de mí cada vez más larga. Hay una fatiga vital, independiente de la fatiga del cuerpo, que acompaña la mejor salud y que proviene del incremento del volumen de recuerdos y del hecho de que un hombre dotado de pensamiento, de conciencia no puede no tener conciencia. No puede impedirse sobrevolar su propio devenir. No puede impedirse tarde o temprano volver a medir la pista jalonada de la existencia, lo que ya ha vivido y lo que le queda por vivir. De pronto, se da cuenta. Vaya, nací en tal año. Vaya, tengo todavía para quince años antes de mi retiro. Empieza a contar los años... Esto proviene de que el hombre no es solamente un ser que es, sino que toma conciencia de que es. Sobrevuela su devenir y no puede hacerlo de otro modo porque tiene una conciencia para tomar conciencia. Cuando se sobrevuela el devenir al mismo tiempo que se está dentro de él, entonces la colisión engendra la angustia de la muerte. Esta angustia nace del choque entre un devenir que podría ser eterno para aquel que lo vive, pero que deja de serlo cuando mira hacia fuera, cuando se inclina sobre él como no puede no hacerlo, sobre todo cuando comete la tontería de comenzar a escribir sus memorias, como hace todo el mundo ahora... Entonces, está perdido.

¹ Edgar Morin, *L'Homme et la mort dans l'histoire*, París, Corrèa.